

DELIRIOS

I

Un día, en Villaconejos, el señor bibliotecario miraba desde su ventana. Sin embargo, y aunque llevaba allí un buen rato, no podía ver nada de nada. Esto era consecuencia de la espesa bruma que flotaba por todo el pueblo. El señor bibliotecario sólo ese día, su día libre, se daba cuenta.

El señor bibliotecario no tenía ganas de ver lo que había fuera, pero el hecho de que hubiera niebla le fascinaba. La curiosidad era uno de las pocas cosas que podían hacerse con el control de sus actos rápidamente.

¿Qué hay en la niebla? ¿Qué cosas se ocultan, aprovechandola, y qué otras no pueden evitar ser absorbidas por el gris de la imaginación?

El bibliotecario, que llevaba un buen rato sentado, comenzó a sentirse engañado. Pensó que alguien había hecho humo adrede para ocultarse, pero no olía a quemado. Se le ocurrieron algunas ideas más, y las fue desechando una a una. El aburrimiento y la asiedad comenzaban a compenetrarse en su cabecita, y al cabo, dejó de hacer hipótesis.

El señor bibliotecario decidió que no estaba para esperar a Godot, y salió de casa. No se veía nada. El señor bibliotecario comenzó a andar, y sin ver nada, se siguió alejando. Su casa desapareció de la vista. Luego fue el suelo, y luego sus piernas, y luego el resto de su cuerpo, hasta que finalmente el señor bibliotecario corría a toda pastilla por Villaconejos, poseído por el pánico.

No se le ocurrió gritar.

II

Dos hombres realizaban una larga travesía en el desierto. Uno de ellos era el amo y otro el criado. Llevaban tanto tiempo caminando que no recordaban cuándo había comenzado su trayecto. De hecho, ni siquiera sabían la razón por la que uno era criado y otro amo. En cualquier caso, sabían a dónde se dirigían, curiosamente: al paraíso.

El criado le preguntaba frecuentemente al amo cómo era ese paraíso, y cómo sabrían el momento en que su viaje habría finalizado. El amo se limitaba a encogerse de hombros, ya que no conocía la respuesta a esa pregunta, mas era consciente de que, al igual que le pasaba a él mismo, el criado no dudaba en absoluto de su existencia.

Después de muchos días y noches de viaje, divisaron algunos pequeños arbustos y cuál sería su sorpresa al ver un pequeño arroyuelo que pasaba serpenteante entre ellos poco después. Se preguntaron, naturalmente, si aquello era o no el paraíso. Pero como no sabían lo que era, pues decidieron continuar. Y eso les llevó otra vez al desierto, más cálido y seco que nunca. Pero cuando desandaron sus pasos, tanto los arbustos como el arroyo habían desaparecido...

III

Érase una granja en la que vivían un padre y sus dos hijos. Un día el padre decidió comprar una gallina, y para ello pidió un préstamo. Al día siguiente, se fue a trabajar a la ciudad para amortizar la gallina, diciendo a sus hijos que la gallina desde entonces les haría ganar mucho dinero, pues podrían vender los huevos.

Los hijos, cuando se había ido, comenzaron a discutir. Primero el mayor dijo que la gallina le correspondía a él, y el otro dijo que entonces debía ser él el que la diera de comer. Al cabo de un rato discutiendo, llegaron a un acuerdo. La gallina debía cuidarse sola y comer sola.

Entonces la gallina puso el primer huevo, y los hermanos lo vieron al mismo tiempo. Dado que no eran capaces de repartíselo, se lo dejaron a la gallina, esperando a que pusiera otro.

A las pocas horas, la gallina tenía comida de sobra, su huevo, tanto espacio como quería, y, convencida de su superioridad, revoloteó hasta la casa de los hermanos y allí se quedó mientras estos labraban la tierra. Al volver y ver los desperfectos, los hermanos se pusieron totalmente de acuerdo. Por eso, cuando el padre volvió a casa había gallina para cenar.

IV

El pájaro está enjaulado. Permanece en su jaula desde que tiene memoria. No se acuerda de por qué vive así. Puede que sea porque los dueños le metieron dentro al comprar el mono, o por que él mismo decidió meterse dentro. En cualquier caso, el pájaro no quiere salir, pues sabe que en ese caso el mono se lo comería. Ya recibe desde la jaula sus golpes, y ha comprobado que los dueños no hacen nada para evitarlo.

El pájaro no puede cantar, pues entonces el mono se apresuraría a golpearle. Tampoco puede hablar, por el mismo motivo. El pájaro sólo es feliz por la noche, cuando el mono está dormido. Entonces se dedica a hacer su nido. El pájaro sueña que cuando acabe el nido, podrá llevárselo lejos de la jaula, el mono y los dueños. Sin embargo, el pájaro podría vivir menos de lo necesario.

V

El invierno se acercaba. Y por ello, la mayor parte de los pájaros trataban de migrar hacia una zona más cálida. Se trataba de un largo trayecto, y por ello un grupo de gorriones hicieron una parada en un árbol aislado del desierto.

Era un árbol imponente, pero casi sin hojas, parecía estar en decadencia. De hecho, daba la impresión de estar anclado al pasado. Sin embargo, ese pasado se mostraba como algo misterioso, del cual el árbol era lo único visible.

Estaba lleno de gusanitos, de distintas formas y colores. Cualquiera que viese el árbol diría que tenía más gusanos que hojas. Probablemente tuviesen razón.

Tantos gusanos permitirían a los gorriones darse un festín. El árbol también tenía frutos, aunque resultaba difícil distinguir los frutos de los gusanos que poblaban su interior. Por lo tanto, los pájaros no distinguieron entre frutos y pájaros; todos acabaron en el interior de sus pequeños estómagos.

Unos días después los gorriones prosiguieron su viaje. Sin embargo, cuando se encontraban a gran altura volando con otras aves, sufrieron una súbita enfermedad. Poco después murieron.

Y de sus restos surgiría un bosque ...

VI

El profesor mandó al estudiante Juaquines hacer un trabajo. Por tanto, dicho estudiante se puso manos a la obra, y buscó información, la interpretó, sacó unas conclusiones y se dispuso a entregarlo. No obstante, el profesor decidió que el estudiante había entendido mal un resultado, y se lo dijo al estudiante Juaquines con estas palabras: "No aceptaré tu trabajo hasta que no tenga ningún fallo". Así, Juaquines tuvo que eliminar este resultado del escrito para volverlo a entregar. Esta vez, el profesor dijo que la conclusión que había sacado no estaba justificada. Juaquines realizó varios intentos más, pero lo único que conseguía era reducir más y más el contenido de su trabajo, así que decidió observar trabajos de otros estudiantes. Al cabo de un día, Juaquines presentó su obra, y, por primera vez, el profesor se mostró satisfecho. Pocos días más tarde, el profesor se dispuso a corregir los trabajos de sus 37 alumnos: 37 folios en blanco.

VII

Érase una vez un iluso jovenzuelo, que estaba tan maravillado del orden y perfección del cosmos que se empeñó en entenderlo. Tras acabar el instituto, decidió ir a la universidad y adquirir todo el saber que allí se escondía.

Al comienzo, quiso entenderlo todo, pero aprendía tanto que cada vez se sentía más y más inexperto. Además, notaba algo raro en los profesores, sobre todo en su mirada. Conforme pasaba el tiempo, este jovenzuelo se sentía menos joven, y sin embargo, le parecía que cada vez estaba más lejos de su objetivo.

Finalmente, al cabo de varios años, salió de la universidad, y trató de ver qué maravilloso conocimiento había aprendido. Primero escribió un artículo, luego otro y luego otros más. Todos fueron publicados, y el antes joven muchacho fue felicitado.

No obstante, un día pensó en lo que había querido cuando comenzó a estudiar, y sólo pudo a duras penas recordarlo. Pensó qué había aprendido, y no encontró entre sus conocimientos nada pertinente al respecto. Así pues, buscó aquellas imágenes que le habían inspirado, y se llevó una fatal sorpresa: no veía nada. Por un momento, parecía que tuviera los ojos vendados.

Amedrentado ante tan súbita verdad, el licenciado se preguntó: ¿Qué puedo hacer? ¿Quién querrá algo de un estudiante ciego? Tras mucho pensar, se percató de que sus artículos sí eran apreciados, y volvió, esta vez como profesor, a la universidad, donde ha enseñado hasta hoy.

VIII

Al señor Godot le gustaba caminar. Desde luego que sí. Era conocido en su barrio por ello. "Ya viene el caminante", decían algunos cuando le veían acercarse.

Siempre puntual, a eso de las ocho abandonaba su casa para no volver hasta las ocho de la tarde. Su recorrido no variaba en lo más mínimo de un día a otro: tomaba el desayuno en el bar de enfrente, se daba el paseo de mañana, comía en el mismo bar, se daba el paseo de tarde y volvía a su hogar.

De vez en cuando intercambiaba algunas palabras con aquellos con los que se encontraba. Era un hombre educado que no rehuía la conversación. Sin embargo, resultaba algo misterioso para la mayoría que se cruzaban con él.

Algunos trataban de indagar más sobre su vida, pero en principio no descubrieron nada interesante.

Nadie recordaba un día en el que no se le hubiese visto por la calle, ni siquiera los más ancianos del barrio. Y eso resultaba curioso porque significaba, al menos en apariencia, que no había envejecido.

No obstante, un día no apareció. La gente sintió una especie de vacío extraño. En muchos casos no supieron ni siquiera a qué se debía. Al siguiente día tampoco apareció.

Inquietos, los vecinos esperaron al siguiente día para ir a su casa a visitarle. Todos sin excepción fueron a dicho lugar. Ninguno volvió.